

la salida de Subiaco. Á cien pasos de la última casa nos esperaba una silla de posta. Nos metimos dentro, y partió al galope.

— ¿Y se os hizo alguna violencia, se os dirigió alguna amenaza? ¿Seguisteis á ese hombre involuntariamente?

Lorenza permaneció muda.

— S. A. R. os pregunta, Lorenza, si os obligué á seguirme por medio de alguna amenaza ó violencia.

— No.

— ¿Y por qué le seguisteis?

— Decid, ¿por qué me habéis seguido?

— Porque os amaba, dijo Lorenza.

El conde de Fénix se volvió hacia la princesa con una sonrisa de triunfo.

IV

Su Eminencia el Cardenal de Rohán

Lo que pasaba á la vista de la princesa, era tan extraordinario, que no podía menos de preguntarse á sí misma, si el hombre que tenía delante no era verdaderamente un mago que disponía de los corazones y de los espíritus á su voluntad.

Pero el conde de Fénix quiso llevar más adelante su asombro.

— No es esto todo, señora, dijo: V. A. no ha oído de los labios de Lorenza más que una parte de nuestra historia, y podría abrigar todavía alguna duda, si de su boca misma no oyese el resto.

Entonces, volviéndose hacia la joven, dijo:

— ¿Os acordáis, querida Lorenza, del resto de nuestro viaje? ¿Os acordáis de que hemos visitado juntos á Milán, el lago Mayor, el Oberland, el Righi y el Rhin magnífico, que es el Tiber del Norte?

— Sí, dijo la joven con su mismo acento monótono, sí; Lorenza ha visto todo eso.

— Arrastrada por este hombre, ¿no es verdad, hija mía? ¿cediendo á una fuerza irresistible de que vos misma no acertabais á daros cuenta? preguntó la princesa.

— ¿Por qué habéis de creer eso, señora, cuando todo lo que V. A. acaba de oír le prueba lo contrario? Además, si queréis una prueba más palpable, un tes-

tigo material, aquí tenéis una carta que la misma Lorenza me escribió durante una ausencia que me vi obligado á hacer, dejándola sola en Maguncia. Pues bien, señora, Lorenza no pudo soportar esta separación, me echaba de menos, deseaba verme cuanto antes, y me escribió este billete que V. A. puede leer.

El conde sacó un billete de su cartera, y se lo entregó á la princesa.

Esta leyó lo siguiente :

« Vuelve, Acharat ; cuando te separas de mí todo me falta. ¡ Dios mío ! ¡ cuándo seré tuya por toda una eternidad !

» LORENZA. »

La princesa se levantó con el rostro encendido de cólera y se acercó á Lorenza con el billete en la mano.

Esta la dejó aproximarse sin verla, sin oirla, pues parecía no ver ni oír más que al conde.

— Comprendo, dijo vivamente éste, decidido sin duda á ser hasta el fin intérprete de la joven. V. A. duda y quiere saber si el billete es suyo ; sea ; V. A. será instruída por ella misma. Lorenza, contestad ; ¿ quién ha escrito ese billete ?

El conde cogió el billete, lo puso en la mano de su mujer, la cual aplicó inmediatamente aquella mano sobre su corazón.

— Lorenza, dijo.

— ¿ Y Lorenza sabe lo que contiene este billete ?

— Sin duda.

— Pues bien, decid á la princesa lo que contiene para que vea que no la engaño cuando le digo que me amáis. Decidlo ; yo lo mando.

Lorenza hizo al parecer un esfuerzo ; pero sin desplegar el billete ni dirigir los ojos hacia él, leyó :

« Vuelve, Acharat ; cuando te separas de mí, todo me falta. ¡ Dios mío ! ¡ cuándo seré tuya por toda una eternidad !

» LORENZA. »

— Parece increíble, dijo la princesa, y no os creo, porque hay en esto alguna cosa inexplicable y sobrenatural.

— Esta carta, continuó el conde de Fénix, como si no hubiese oído á Madama Luisa, esta carta fué la que me determinó á apresurar nuestra unión. Amaba á Lorenza tanto como ella me amaba á mí. Nuestra posición era falsa. Por otra parte, en la vida aventurera que hago, podía sucederme una desgracia, podía morir, y si moría, quería que todos mis bienes perteneciesen á Lorenza : por tanto, al llegar á Estrasburgo nos casamos.

— ¿ Os casasteis ?

— Sí.

— Imposible.

— ¿ Por qué, señora ? dijo sonriendo el conde, ¿ qué hay de imposible, os pregunto, en que el conde de Fénix se haya casado con Lorenza Feliciani ?

— Ella misma me ha dicho que no era vuestra mujer.

El conde, sin contestar á la princesa, se volvió hacia Lorenza y la preguntó :

— ¿ Os acordáis en qué día nos casamos ?

— Sí, contestó ; el día 3 de mayo.

— ¿ Dónde ?

— En Estrasburgo.

— ¿ En qué iglesia ?

— En la misma catedral, en la capilla de San Juan.

— ¿ Opusisteis alguna resistencia á esa unión ?

— No ; era demasiado feliz.

— La princesa cree que te he violentado, Lorenza, continuó el conde. Le han dicho que me aborreciais. Y al pronunciar el conde estas palabras cogió la mano de Lorenza.

La joven se estremeció de felicidad.

— ¡ Aborrecerte yo ! ¡ oh ! no ; yo te amo. Tú eres bueno y generoso.

— Y desde que eres mi mujer, dí, Lorenza, ¿ he abusado jamás del derecho de esposo ?

— No ; me has respetado como á tu hija, y soy tu amiga pura y sin mancha.

El conde volvió hacia la princesa como para decirla :
¿ lo oís ?

Sobrecogida ésta de espanto, había retrocedido hasta los pies de un Crucifijo de marfil fijado sobre un fondo de terciopelo negro en la pared del gabinete.

— ¿ Es esto todo lo que V. A. desea saber ? dijo el conde soltando la mano de Lorenza.

— ¡ Señor, señor ! exclamó la princesa, no os acerquéis ni ella tampoco.

En aquel momento se oyó el ruido de un coche que se detenía á la puerta de la abadía.

— ¡ Ah ! exclamó la princesa, ese es el cardenal ; ahora sabremos á qué nos hemos de atener.

El conde de Fénix se inclinó, dijo algunas palabras á Lorenza, y esperó con la tranquilidad de un hombre que tuviera el don de dirigir los acontecimientos.

Un momento después se abrió la puerta y anunciaron S. E. el Cardenal de Rohán.

Tranquilizada la princesa con la presencia de un tercero, volvió á sentarse en su sillón, diciendo :

— Decid que entre.

El cardenal entró, pero apenas saludó á la princesa, cuando viendo á Bálamo, dijo con sorpresa :

— ¡ Ah ! ¿ sois vos ?

— ¿ Conocéis al señor ? preguntó la princesa cada vez más asombrada.

— Sí, dijo el cardenal.

— Entonces, exclamó madama Luisa, ¿ nos diréis quién es ?

— Nada más fácil, dijo el cardenal, el señor es un hechicero.

— ¡ Hechicero ! murmuró la princesa.

— Perdonad, señora, dijo el conde. S. Em. se explicará ahora mismo, y espero que á satisfacción de todo el mundo.

— ¿ Por ventura os ha hecho este caballero algunas predicciones, puesto que veo á V. A. tan trastornada ? preguntó el señor de Rohán.

— ¡ La fe de casado ! ¡ veamos la fe de casado ! exclamó la princesa.

El cardenal miraba lleno de asombro, porque ignoraba lo que aquella exclamación pudiera significar.

— Aquí está, dijo el conde presentándola al cardenal.

— ¿ Qué es esto ? preguntó el señor de Rohán.

— Señor, dijo la princesa, trátase de saber si esa firma es buena, y válido ese documento.

El cardenal leyó el papel que le presentaba la princesa.

— Este documento es una partida de matrimonio hecha en regla, y esta firma es la del señor Remy, cura de la capilla de San Juan ; pero ¿ qué importa á V. A. ?

— ¡ Oh ! me importa mucho, señor ; ¿ conque es decir que la firma.....

— Es buena, pero nadie me dice que no sea arrancada por la fuerza.

— Es cierto, bien puede haber sucedido así, exclamó la princesa.

— Y el consentimiento de Lorenza también, ¿no es verdad? dijo el conde con una ironía que se dirigía principalmente á la princesa.

— Pero ¿por qué medios, señor cardenal, por qué medios creéis que haya sido arrancada esta firma? Decidlo si lo sabéis.

— Por los que están en poder del señor, por medios mágicos.

— ¡Mágicos! ¿Estáis seguro de lo que decís?

— El señor es hechicero, lo digo y lo repito.

— V. Em. quiere chancarse.

— ¡No á fe mía! Y la prueba es que quiero tener con él una seria explicación delante de vos.

— Iba á pedírsela á V. Em., dijo el conde.

— Me alegro; pero no olvidéis que yo soy quien pregunto, dijo el cardenal con altivez.

— Y yo, dijo el conde, contestaré á todas vuestras preguntas delante de S. A. si os obstináis en hacérmelas; pero estoy seguro de que no os obstinaréis.

El cardenal se sonrió.

— El papel de hechicero, dijo, es muy difícil de representar en estos tiempos. Os he visto con las manos en la obra, habéis obtenido un gran triunfo, pero os prevengo que no todos tendrán la paciencia y sobre todo la generosidad de madama la Delfina.

— ¡De madama la Delfina! exclamó la princesa.

— Sí, señora, dijo el conde, he tenido el honor de ser presentado á S. A. R.

— ¡Y cómo habéis pagado ese honor? decid, decid.

— ¡Ay! contestó el conde, peor de lo que hubiera querido; porque yo no aborrezco á los hombres, y mucho menos á las mujeres.

— ¡Pero qué habéis hecho á mi augusta sobrina? dijo madama Luisa.

— Señora, contestó el conde, he tenido la desgracia de decirle la verdad que me preguntaba.

— Sí, la verdad, una verdad que la ha desmayado.

— ¡Y esculpa mía, replicó el conde con esa voz poderosa que tan bien debía tronar en ciertos momentos, es culpa mía, si esa verdad era tan terrible que debía producir semejantes efectos? ¿He buscado yo á la princesa? ¿Soy yo el que ha solicitado aquella entrevista? No, todo lo contrario; procuré evitarla: me llevaron á su presencia casi á la fuerza, y me exigió imperativamente que contestara á todas sus preguntas.

— Pero, ¿qué verdad tan terrible es esa que le dijisteis, señor? preguntó la princesa.

— Esa verdad, señora, contestó el conde, es el velo del porvenir que he rasgado.

— ¡Del porvenir?

— Sí, señora, de ese porvenir que ha parecido tan amenazador á V. A., y del cual ha querido huir encerrándose en un claustro y conjurarle al pie de los altares con sus lágrimas y plegarias.

— ¡Señor!

— ¡Tengo yo la culpa, señora, de que ese porvenir que habéis presentado como santa, me haya sido revelado á mí como profeta? ¿Tengo yo la culpa de que cuando se reveló á madama la Delfina ese porvenir que la amenaza personalmente, se desmayara llena de espanto?

— ¡Lo oís? dijo el cardenal.

— ¡Ay! dijo la princesa.

— Porque su reinado está maldito, exclamó el conde, como el reinado más fatal y desgraciado de toda la monarquía.

— ¡Señor! exclamó la princesa.

— En cuanto á vos, señora, continuó el conde, acaso vuestras plegarias hayan alcanzado gracia; pero nada

de esto veréis, porque cuando tales cosas sucedan estaréis en los brazos del Señor. ¡Orad, señora! ¡orad!

Dominada la princesa por aquella voz profética tan conforme con los terrores de su alma, cayó de rodillas á los pies del Crucifijo y se puso efectivamente á orar con fervor.

Volviéndose entonces el conde hacia el cardenal y dirigiéndose al alfeizar de una ventana, le dijo:

— Aquí para entre nosotros, señor cardenal, ¿qué me queríais?

El cardenal se dirigió también á la ventana.

Los personajes estaban dispuestos del siguiente modo:

La princesa al pie del Crucifijo oraba con fervor.

Lorenza, inmóvil, muda, y los ojos abiertos y fijos como si no viesen, estaba de pie en medio del aposento. Los dos hombres permanecían en el alfeizar de la ventana, apoyado el conde sobre la falleba, y el cardenal medio oculto detrás de la cortina.

— ¿Qué me queréis? repitió el conde, hablad.

— Quiero saber quién sois.

— Ya lo sabéis.

— ¿Yo?

— Sí. ¿No habéis dicho que era hechicero?

— Muy bien, pero en otra parte os llamaban José Bálsamo, y aquí os llaman el conde de Fénix.

— ¿Y qué prueba eso? Que he cambiado de nombre y nada más.

— Sí; pero ya sabéis que semejantes cambios por parte de un hombre como vos darían mucho en que pensar al señor de Sartines.

El conde se sonrió.

— ¡Oh! señor, esa es una guerra muy mezquina para un Rohán. ¡Es posible que V. Em. se ponga á argumentar sobre palabras! *Verba et voces*, dice el

latín. ¿No tenéis otro cargo mejor que hacerme?

— Creo que os hacéis burlón, dijo el cardenal.

— No me hago; ese es mi carácter.

— Entonces voy á daros una satisfacción.

— ¿Cuál?

— La de haceros bajar el tono.

— Como gustéis, señor.

— Y de ese modo estoy seguro que complaceré á madama la Delfina.

— Lo cual no será del todo inútil en el estado en que os halláis con ella, dijo Bálsamo con la mayor serenidad.

— Y si lograrse yo que os prendieran, señor del horóscopo, ¿qué diríais?

— Diría que hacíais mal, señor cardenal.

— ¡De veras! dijo el cardenal con aire de desprecio, ¿y á quién?.....

— Á vos mismo.

— Lo veremos; no tardaré en dar la orden para ese paso que juzgáis imprudente, y entonces se sabrá á punto fijo quién es ese barón José Bálsamo, conde de Fénix, vástago ilustre de un árbol genealógico, cuya simiente no he visto en ningún campo heráldico de Europa.

— Señor, dijo Bálsamo, ¿por qué no habéis pedido informes de mí al señor de Breteuil?

— El señor de Breteuil no es amigo mío.

— No lo será, pero lo ha sido, y de los mejores, pues le habéis escrito cierta carta.....

— ¿Qué carta? preguntó el cardenal aproximándose.

— ¡Más cerca, señor cardenal, más cerca! No quiero hablar porque temo comprometeros

El cardenal se aproximó mucho más.

— ¿De qué carta queréis hablar? dijo.

— ¡Oh! bien lo sabéis.

— Sin embargo, decidlo.

— Pues bien, de una carta que escribisteis á París desde Viena, con objeto de frustrar el casamiento del Delfín.

El prelado no pudo disimular un movimiento de espanto.

— ¿Esa carta?... balbuceó.

— La sé de memoria.

— Es una traición del señor de Breteuil.

— ¿Por qué?

— Porque cuando se decidió el casamiento, se la mandé á pedir.

— ¿Y qué os dijo?

— Que la había quemado.

— Porque no se atrevió á deciros que la había perdido.

— ¿Perdido?

— Sí... y como ya comprendéis, una carta perdida... cualquiera puede hallarla.

— ¿De modo que la que yo he escrito al señor de Breteuil?...?

— ¿Qué?

— Que Breteuil me dijo haber quemado.....

— Sí.

— Y que según decís ha perdido.....

— La he hallado yo, si bien por una casualidad solamente, pasando por el patio de mármol de Versalles.

— ¿Y no la habéis devuelto al señor de Breteuil?

— Ya me hubiera guardado de hacer semejante cosa.

— ¿Por qué?

— Porque en mi calidad de hechicero, sabía que V. Em., á quien tan bien quiero, me odiaba de muerte, y ya comprendéis... un hombre desarmado que sabe

que al atravesar por un bosque va á ser atacado y halla una pistola cargada en este bosque.....

— ¿Y qué?

— Que ese hombre sería un majadero si no se apoderase de esa pistola.

El cardenal tuvo una especie de vértigo y se apoyó en el antepecho de la ventana.

Pero después de un momento de perplejidad, durante el cual pudo el conde observar todas las variaciones de su rostro, dijo:

— Sea así; pero no se dirá que un príncipe de mi casa se ha intimidado ante la amenaza de un charlatán. Aunque se hubiese perdido esa carta, aunque sea cierto que la habéis encontrado, aunque sea presentada á la misma Delfina, aunque esa carta me perdiese como hombre político, sostendré mi papel de súbdito leal y fiel embajador. Diré la verdad: esto es, que me parece esa alianza perjudicial á los intereses de mi país; y mi país me defenderá ó me compadecerá.

— Y si hay alguno, replicó el conde, si hay alguno que diga que el embajador joven y galante, nada desconfiado en atención á su nombre de Rohán y á su título de príncipe, no dice eso porque crea que la alianza austriaca es perjudicial á los intereses de la Francia, sino porque, recibido desde luego afectuosamente por la archiduquesa María Antonieta, ese orgulloso embajador había tenido la jactancia de ver en esa afabilidad alguna cosa más que... afabilidad, ¿qué contestará el fiel súbdito, el embajador leal?

— Negará, señor, porque de ese sentimiento que suponéis haber existido no queda prueba alguna.

— ¡Ah! sí por cierto, os engañáis; la frialdad de madama la Delfina para con vos.

El cardenal vaciló.

— Creedme, príncipe, dijo el conde; en vez de

malquistarnos, como ya hubiera sucedido á no tener yo más prudencia que vos, seamos buenos amigos.

— ¿ Buenos amigos ?

— ¿ Por qué no ? Los buenos amigos son aquellos que nos hacen servicios.

— ¿ Los he reclamado jamás de vos ?

— Ese es el mal que habéis cometido, porque después de dos dias que estáis en París.....

— ¿ Yo ?

— Sí, vos. ¡ Oh ! Dios mío ! ¿ por qué queréis ocul-tármelo á mí que soy hechicero ? Os habéis separado de la princesa en Soissons, habéis venido en posta á París por Villers-Cotterets y Dammartin, es decir, por el camino más corto, y habéis venido á pedir á vuestros amigos de París servicios que os han negado, y después de recibir estos desaires, marchasteis en posta á Compiègne, y en verdad que esto desespera.

El cardenal parecía anonadado.

— ¿ Y qué género de servicios podía esperar de vos, preguntó, si á vos me hubiese dirigido ?

— Los servicios que se piden á un hombre que hace oro.

— ¿ Y qué me importa que hagáis oro ?

— ¿ Diablo ! cuando uno tiene que pagar dentro de cuarenta y ocho horas quinientos mil francos... ¿ no habéis dicho esa cantidad ?

— Sí, la misma.

— ¿ Y me preguntáis qué importa tener un amigo que hace oro ? ¿ Nada importa que esos quinientos mil francos, que no se han podido encontrar en ninguna parte, se encuentren en casa de ese alquimista ?

— ¿ Y dónde vive ? preguntó el cardenal.

— En la calle de San Claudio, barrio del Marais.

— ¿ Y cómo conoceré la casa ?

— Por una cabeza de grifo de bronce que sirve de llamador de la puerta.

— ¿ Cuándo podré ir ?

— Pasado mañana, monseñor, á las seis de la tarde si os place, y después....

— ¿ Después ?

— Cuantas veces gustéis. Pero mirad, nuestra conversación concluye á tiempo, pues la princesa ha terminado su plegaria.

El cardenal estaba vencido, no trató de resistir más tiempo, y aproximándose á la princesa, dijo :

— Señora, me veo precisado á confesar que el señor conde de Fénix tiene mucha razón; que la partida de casamiento de que es portador no puede ser más válida; y en fin, que las explicaciones que me ha dado me han satisfecho completamente.

El conde hizo una reverencia y preguntó :

— ¿ Qué manda V. A. R. ?

— Una sola palabra á esa joven.

El conde hizo otra reverencia el señal de asentimiento.

— ¿ Dejáis por vuestra propia y absoluta voluntad el convento de San Dionisio, á que habéis venido á pedirme un refugio ?

— S. A., repitió vivamente Bálamo, pregunta si queréis dejar por vuestra propia voluntad el convento de San Dionisio, á que habéis venido á pedir un asilo : contestad, Lorenza.

— Sí, dijo la joven, lo dejo por mi propia voluntad.

— ¿ Y lo hacéis para seguir á vuestro marido el conde de Fénix ?

— ¿ Lo hacéis para seguirme ? repitió el conde.

— ¡ Oh ! sí, dijo la joven.

— En ese caso, dijo la princesa, no quiero deteneros ni al uno ni á la otra, porque esto sería violentar

los sentimientos; pero si en todo esto hay algo que salga del orden natural de las cosas, que el castigo del Señor caiga sobre aquel que en provecho suyo ha turbado la armonía de la naturaleza. Id, señor conde de Fénix; id, Lorenza Feliciani, no quiero deteneros más... pero antes recoged vuestras alhajas.

— Son para los pobres, señora, dijo el conde, y distribuída la limosna por vuestras manos será dos veces grata á los ojos de Dios. No pido más que mi caballo Djerid.

— Podéis reclamarlo á la salida. Id con Dios.

El conde hizo una reverencia delante de la princesa y presentó su brazo á Lorenza, que lo aceptó al punto, y salió con él sin pronunciar una palabra.

— ¡Ah, señor, cardenal, dijo la princesa meneando tristemente la cabeza, hay cosas incomprensibles y fatales en el aire que respiramos!

V

El regreso de San Dionisio

Al separarse de Felipe, Gilberto, como hemos dicho, volvió á confundirse entre la multitud.

Pero esta vez no se lanzaba entre aquellas oleadas bulliciosas con el corazón palpitante de esperanza y de alegría, sino con el alma ulcerada por un dolor que no habían podido dulcificar la buena acogida y los generosos ofrecimientos de Felipe.

Andrea no sospechaba siquiera que hubiese estado cruel con Gilberto. La hermosa é impasible joven ignoraba completamente que pudiese haber entre ella y el hijo de su nodriza punto alguno de contacto ni para el dolor, ni para la alegría. Ella pasaba por encima de las esferas inferiores, arrojando sobre ellas su sombra ó su luz, según se hallaba ella misma risueña ó sombría. En esta ocasión, la sombra de su desdén había helado á Gilberto, y como ella no había hecho más que seguir el impulso de su propia naturaleza, ignoraba que hubiese estado desdeñosa.

Pero Gilberto, como un atleta desarmado, lo había recibido todo en medio del corazón, miradas de desprecio y palabras soberbias, y Gilberto no tenía aún bastante filosofía para no darse, sangrando como estaba, el consuelo de la desesperación.

Así, pues, desde el momento en que se confundió entre la muchedumbre, no se cuidó ya de los cabales